

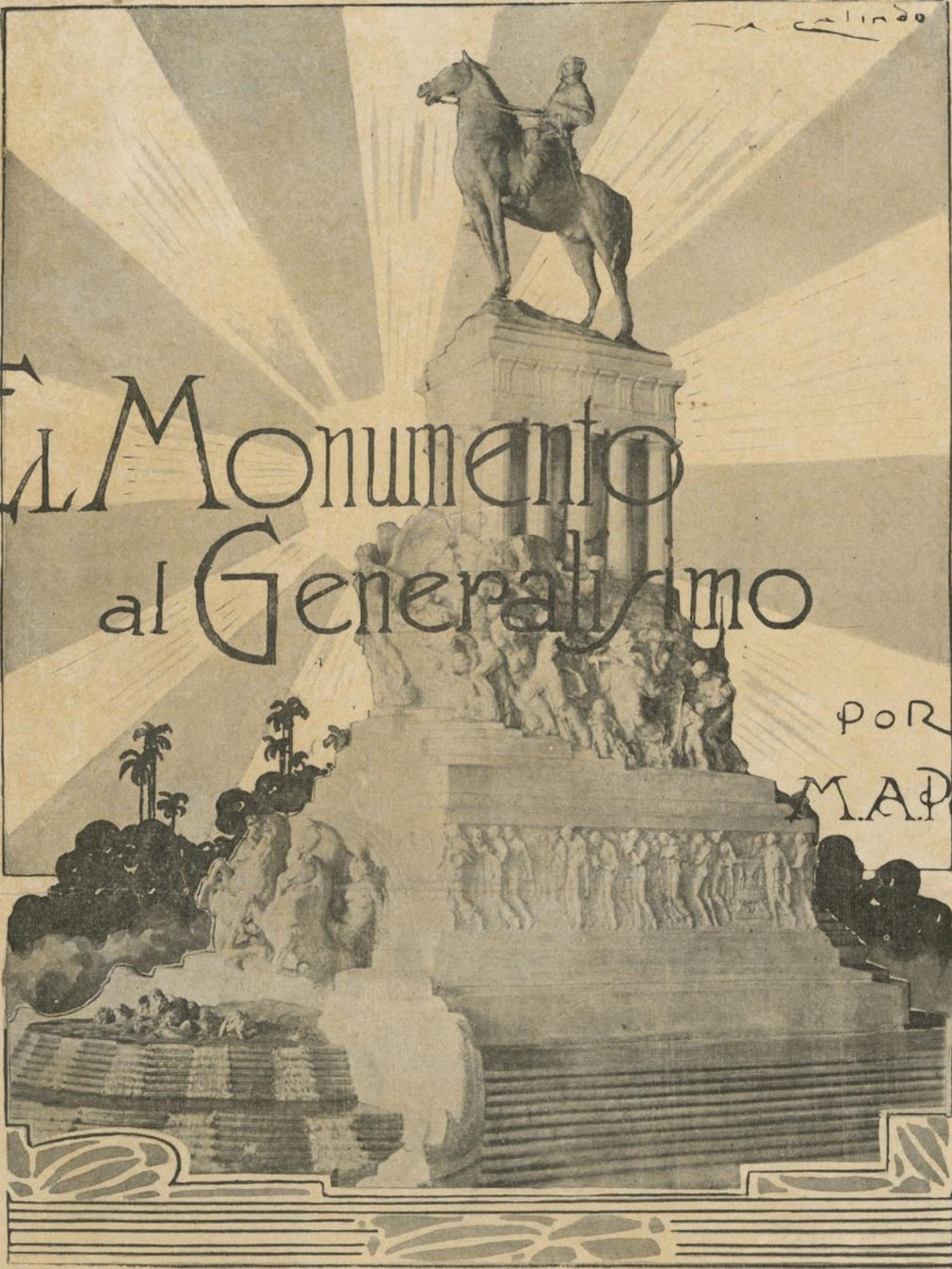
Oct - nov - dic 1930

a calindo

El Monumento al Generalísimo

por

M. A. Portuonda



La grandeza de los héroes. = El monumento no es glorificación, es un recuerdo. =
 Primeros años de Máximo Gómez. = Su participación en la vida dominicana. = Su
 exilio de la patria. = Su entrega a Cuba. = Su actividad y servicios en la Guerra Gran-
 de. = Paz del Zanjón. = Guerra del 95. = Su obra en la paz. = Panegírico. = Monumento.

MEDIR la sublime grandeza de los héroes con la fastuosidad de los monumentos, que, a su memoria erigen los hombres, nos llevaría a la triste consecuencia de engrandecer a éstos, desprimiendo a aquéllos.

La grandeza de los que logran escalar la cima de la inmortalidad es tanta y tan difícil de compren-

der que, casi siempre hallamos motivos de censura en aquellos momentos de la vida del Héroe, en que el Genio, batiendo sus alas por encima del campo de miserias y pequeñeces en que el vulgo se mueve y agita, logra realizar el gesto que lo eleva, plasmando la acción que lo deifica. No es, pues, el monumento la glorificación de un héroe. La gloria tras-

INSTITUCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS

ciende los límites de la materia y sólo encuentra su apoteosis entre los horizontes sin límites de la Inmortalidad. Y si el Artista logra, en un momento de espiritualidad suprema, plasmar en la piedra inerte los rasgos, físicos y morales, que fueron, ya en vida, pedestal de grandeza y eslabón de gloria, no a otra cosa se debe que a la irradiación que emana de la vida y los hechos de quienes (muchas veces sin quererlo), fueron materia dócil en manos del Supremo Artífice que, en todo, ha puesto el sello irrefundible de su Infinita Grandeza.

El Arte que sabe abstraer la Belleza y limpiarla de la costra en que la encierra la pequeñez humana, siente el influjo de esta luz maravillosa; y la vibración del ánimo pasa por la delicadeza de los pinceles, o por la rudeza de los cincelos para comunicar a la materia, humilde y muda, toda la grandeza que nos atrae, la belleza que nos fascina, la verdad que nos convence. Y ante nuestro mirar atónito, surge la figura legendaria de los consagrados que, descendiendo del alto solio que conquistaron sus esfuerzos hasta el pedestal humilde en que se asientan sus efigies, se colocan al alcance de nuestro estudio para ser nuestros modelos en la obra grande que ellos emprendieron, sacrificando generosamente sus vidas, en aras de un Ideal, que ha de ser tesoro el más preciado para cuantos sientan correr por sus venas la misma sangre generosa de los que fueron predecesores en el campo del deber.

¿Qué fuera de la Humanidad, que navega en un mar de pasiones, siempre tempestuoso, entre los escollos que siembra el egoísmo, sin estos hombres providenciales que son faros luminosos en la ruta difícil y arriesgada?

Surgen los héroes en los momentos señalados por el Destino para cimentar la grandeza de los pueblos. La aparición del Genio acontece cuando las tinieblas envuelven a los hombres y las tormentas oscurecen las páginas de su historia. Así, para Cuba, surgió la figura inconmensurable del Generalísimo Máximo Gómez, en los momentos supremos en que el pueblo cubano, encerrado en el círculo de hierro de una humillante esclavitud política, respiraba los aires infectos de las pútridas mazmorras en que yacían aherrojadas por la ignorancia y la expoliación las ansias de libertad y grandeza que le nacieron con la sangre.

Surgió Máximo Gómez a la vida en la Isla hermana de Santo Domingo, que forma con la nuestra y Puerto Rico la trilogía que cantaron los poetas y predicara nuestro Martí.

Nació en el 1836, cuando, ya, en el continente apenas se escuchaba el eco de los clarines victoriosos y las hogueras de la libertad solo conservaban entre montañas de cenizas el rescoldo necesario para madurar la obra de los Grandes. Nació, como nacen los héroes, en el silencio del lugar escondido en el fondo de los valles, para que de la exuberante naturaleza aprendan la sencillez y la grandeza. Nació militar, ya que, apenas ingresado en las filas de los hombres le tocó a él, de 16 años, empuñar las armas en defensa de la patria. ¿Quién hay, entre los incontables titanes de la Epopeya Americana, quién hay que haya vivido la vida entera centauro en el corcel de guerra, empuñando el vindicador acero, y solo dando reposo al cuerpo para que el cerebro pudiera concebir los atrevidos planes? Uno sólo: Má-

ximo Gómez. Y si la repetición de los hechos, constituye un hábito que engendra en nosotros una segunda naturaleza, la vida del Generalísimo, crecida en el fragor de las batallas, templada en lo titánico de las luchas desiguales, hizo de su temperamento fragua donde se forjaban las victorias en el momento mismo de iniciar los encuentros.

Cuba, porque era el último reducto de la dominación de España, y porque, Benjamín de América, era de todos amada y compadecida, tuvo el gran privilegio de contar entre las filas de sus libertadores a hombres de todos los pueblos del Universo. No podía faltar, en este concurso de voluntades en pro de nuestra vida de libertad, el de nuestros hermanos de Santo Domingo, y entre éstos, merecen imperecedero recuerdo y eterna gratitud los Marcano, Modesto Díaz, Máximo Gómez y otros más.

Victoriosas las tropas Dominicanas de las de Haití en la batalla de Santomé, no supieron los hijos de Quisqueya aprovechar, en beneficio de su grandeza moral, los resultados de la victoria. El vino de la gloria, embriagando los ánimos, encendió en los corazones la orgía de la lucha civil y, víctima de su propio triunfo, sintió de nuevo Santo Domingo el peso de la dominación extraña, vió flamear, otra vez, en el fuerte del Almirante la bandera roja y gualda, la de la nación que encierra el oro, arrancado de los pueblos oprimidos, entre dos ríos de sangre, precio pagado por los descendientes de España para la conquista de la libertad. Máximo Gómez, enamorado de los azares de la vida militar, formó en las filas del Ejército Español; y los que han querido ver en este hecho de la vida del Generalísimo un acto de cobardía, cuando no de traición para con su propia Patria, han debido dolorosamente, prescindir del estudio y consideración de las circunstancias que rodean este hecho y sin las cuales es imposible escribir la Historia y más imposible aún, apreciar sus hechos. No envolvía el gesto de Máximo Gómez, desconocimiento de sus deberes patrios. Enamorado de la milicia, formó en las filas del Ejército de su patria y a ésta ofrendó en los albores de la juventud, las primicias de su vida, y ya en el Ejército, sobrevinieron los acontecimientos de 1861 y aquel Ejército que fué Dominicano tornóse en Ejército de España y al lado de ésta permaneció el soldado fiel al cumplimiento del sagrado juramento empeñado, cuya voz solemne no era, sin embargo, suficiente para ahogar en su corazón la voz de la Patria que gemía su liberación.

Así salió de su tierra, oprimido por el dolor de ver a su Patria esclava, más que del dominio de España, de la incompreensión de sus propios hijos y, con su corta familia, abandonó el nativo valle para buscar refugio entre las montañas de Santiago de Cuba.

Esto sucedió en el año de 1867 y cuando en 1868 surgieron en Cuba los paladines de la emancipación, se incorporó Máximo Gómez a nuestro pueblo, renunciando totalmente a todo ligamen con España y sus soldados. Desde este momento deja de pertenecer Máximo Gómez al pueblo Dominicano y se incorpora al nuestro, trayendo, como dote magnífico de sus esponsales con Cuba, su talento, su carácter y sus vastos conocimientos de las cosas militares.

Don Eduardo Bertot y Minet fué quien comprometió a Máximo Gómez sumándolo a la causa de Cuba Libre que era, en aquellos años, la obsesión cons-

tante y la aspiración suprema de los hijos de Cuba. “Enamorado de la Libertad, acepté—dice él—, cuanto se exigió de mí y desde aquel instante, quedé iniciado en la conspiración y obligado a seguir los destinos de aquel pueblo, que herido por las mismas manos que el mío, solicitaba mi concurso.” (1).

El 10 de Octubre de 1868, fué el día señalado por los patriotas para rubricar con su sangre la escritura de compra de nuestra Independencia. Y, entre los albores de una espléndida mañana, la campana de la Demajagua que hasta entonces llamara a los esclavos a la ruda faena, lanzó al viento su lenguaje de gloria... y el himno de la liberación llevado en alas de la brisa mañanera fué recogido, amorosamente, por el canto de los pájaros, el bullir de los torrentes, el susurro de las palmas y elevándose, elevándose hasta lo más alto de los cielos, condensó el azul del éter en la más blanca y más pura estrella, la estrella solitaria, símbolo de nuestra santa libertad.

Tan hermoso principio, auguraba un no menos, hermoso final. Entusiasmados los libertadores con la idea que llenaba sus pechos y enardecía sus corazonas, decidieron, para asestar un golpe de resonancia a España, tomar la Ciudad de Bayamo, que era entonces, rica y floreciente y centro de las actividades de la Provincia Oriental. En efecto, el 20 de Octubre, diez días después de lanzado el grito de “guerra”, entran, victoriosas, las fuerzas cubanas anotándose, así, la primera y más resonante victoria que supo con sus esplendores disipar las tinieblas que, todavía, envolvían a algunos ilusos, y romper el hielo en que estaban encerrados muchos corazones.

No podía faltar Máximo Gómez en el éxito de esta jornada. Y, como quiera que él era guerrero por nacimiento, sin preocuparse del grado de “Sargento” que ostentaba, fué en la acción de los Pinos de Baire el más experto e invicto General.

Fué en esa acción, librada por los cubanos contra las fuerzas españolas que intentaban recuperar la Ciudad Capital de Cuba Libre, donde Máximo Gómez se reveló a su nueva Patria como uno de sus más valiosos servidores.

Fué en esa acción donde, por vez primera, se estremecieron de pavor las montañas, gimieron de espanto los valles y el León de Castilla sintió correr por sus robustos músculos, paralizados por el espanto, los calambres de la muerte, cuando la voz de Máximo Gómez, con el vigor del más horrísono trueno, lanzó el grito de “al machete” que, enardeciendo al ánimo de sus jinetes, puso en los brazos fuerza de catapultas y en los aceros, destellos de exterminio.

No podían los Jefes de la Guerra Grande desconocer las aptitudes preciosas de este hombre incomparable y, al organizarse la Revolución, fué nombrado Máximo Gómez, Segundo Jefe de las fuerzas del Primer Territorio. Al frente de sus fuerzas recorrió en un año el vasto territorio comprendido desde Jiguarú hasta Banes y Tunas, anotándose las victorias de Baire y Bijarú. En este mismo año fué designado para la Jefatura del Distrito de Holguín, en sustitución de Julio Grave de Peralta; y al año siguiente, 1870, sustituyó al que había sido su Jefe, el General Donato Mármol, en el mando del Ejército

del Primer Distrito. La muerte de Mármol, si bien representaba una gran pérdida para la revolución, por los prestigios del desaparecido, sirvió para que el genio militar de Máximo Gómez pudiera actuar de una manera más efectiva en beneficio de la causa libertadora. Desde entonces la estrella del Generalísimo no fué empañada por serios contratiempos. Rápido en la concepción y audáz en el ataque, Máximo Gómez se propuso, y lo consiguió, consignar una victoria en cada página de su Diario. No le arredraba la falta de armamento, ni la escasez de las municiones. El enemigo las tenía en abundancia y de él había que tomar cuanto fuera menester en municiones de boca y guerra para surtir a sus soldados. Para vencer no necesitaba más que valor y disciplina en sus tropas y éstas secundaban, maravillosamente, los deseos del prestigioso Jefe. Su campaña en la jurisdicción de Guantánamo, en la que combatió durante tres meses, le dió uno de los más rotundos éxitos alcanzados por los Jefes en la Guerra Grande.

En estas jornadas de gloria, tuvo el General Gómez la oportunidad de conocer y tratar al más grande y valeroso de los cubanos en armas, al Coronel Antonio Maceo. Y, al apreciar la grandeza moral de este Titán invencible, surgió en el ánimo del Generalísimo un sentimiento de compenetración y afecto que, no solo no sería destruído por las pequeñeces de los humanos, sino que, agrandándose a través de los años de lucha y de los días de destierro, culminaría en el sacrificio del propio hijo, junto al Coloso, “el más bravo de los bravos” rendido, más que al golpe del plomo inconsciente y homicida, al peso de tanta gloria, en los campos de Punta Brava.

Era Máximo Gómez de un carácter resuelto, autoritario y recio. Era una figura de viejo castellano, enamorado de su ideal y de su fama. Sin embargo jamás desconoció la justicia, ni amenguó en él el sentimiento de la disciplina. Obligado por su propia voluntad a seguir los destinos de nuestro pueblo, era el primero en obedecer los mandatos de los superiores, sin discutirlos, ni comentarlos. No se conmovió cuando por una de las muchas pequeñeces que hicieron fracasar la Guerra Grande, fué depuesto por el Presidente Céspedes del cargo de Jefe de la División de Cuba. Entregó el mando al Coronel Maceo, sabedor, de que, al fin, la causa cubana triunfaría. No se creció, cuando apagada la estrella del coloso camagüeyano, fué escogido para suceder a Ignacio Agramonte, al frente de las aguerridas huestes de Camagüey. Para hacer buena la designación que hicieron los Jefes borrando así la fea mancha de su destitución; y para abofetear de una manera digna a cierto elemento que traicionando la causa cubana, no era todo lo disciplinado que debía ser, libró las batallas de La Sacra y Palo Seco, cuyas victorias se debieron tanto a la pericia de este cerebro maravilloso, cuanto al elevado nivel moral a que había llegado su tropa por el esfuerzo constante de su Jefe, para quien cada hombre era como un hermano en aspiración y en ideal.

Apesar de que en el ánimo de los cubanos había prendido la semilla de la liberación de la Patria, no todos los hombres, ni todas las provincias respondieron con el mismo entusiasmo y decidido patriotismo al llamamiento de Yara. En las provincias Occidentales y en las Villas apenas se notaban en el año 73 síntomas de estar esas comarcas en plena guerra, como lo estaban Camagüey y Oriente. Para vencer

(1)—MAXIMO GOMEZ.—“Recuerdos a mis hijos”.—Episodio de la guerra de los 10 años.

esta apatía, o lo que fuera, concibió Máximo Gómez invadir con las tropas a su mando, reforzadas por contingentes de Oriente, las regiones pacíficas del resto de la Isla. Este proyecto, sueño dorado que acariciara siempre la estrategia invencible del gran guerrero, era la obsesión del alto mando militar español, que, para evitarlo, había construido formidable Trocha fortificada en la línea de Júcaro a Morón.

Después de días de anhelante espera y de haber combatido, venciendo gloriosamente en el Naranjo y Mojacasabe a fuerzas muy superiores en número y armamento, se dispuso el General Gómez a preparar, él sólo, la invasión de las Villas, seguro de que esta provincia respondería con la generosidad de las demás, al llamamiento de la Patria. El Brigadier Armiñán quiso desbaratar los planes atrevidos de este hombre visionario; y fuerte con una columna de 4.000 hombres de todas las armas, intentó cerrarle el paso dando lugar a la batalla más notable de la Guerra Grande, la de las Guásimas de Machado que, si bien anotó en el Diario del General Gómez una de sus más resonantes victorias, lo imposibilitó de realizar la proyectada Invasión, necesitadas como estaban las tropas cubanas del merecido descanso después de una batalla que duró cinco días. Al fin, el día 6 de Enero de 1875 pudo contemplar el héroe, el paso victorioso de sus aguerridas huestes que, más que antes, se sentían orgullosas de ser mandadas por tan invicto Jefe.

La Invasión era, pues, un hecho y firme en su propósito de anotar una victoria en cada página de su Diario, asalta y toma El Jíbaro en Sancti Spíritus, asegurando de esa manera, el éxito de la gloriosa jornada, y, sin dar descanso a sus tropas que no sentían, por otra parte, el peso de las repetidas victorias, cae en seguida sobre Río Grande, Lázaro López, Marroquín y La Herradura. ¿Cómo iban a sentirse rendidos los gloriosos soldados si el botín que recogían era garantía de los próximos triunfos? ¡Sesenta mil tiros y mil caballos fueron el obsequio de los españoles, atónitos ante el empuje irresistible de los titaneses! Cuando la victoria sonreía a las huestes cubanas y la Revolución avanzaba con ímpetu irresistible sobre la Habana, surge el incidente de Las Lagunas de Varona... ¡Una vez más la pequeñez de algunos hombres puso en trance terrible la grandeza de todo un pueblo!

La ausencia del General Gómez de las Villas señala para las tropas cubanas una serie de dolorosos contratiempos. La muerte de algunos Jefes, la derrota de otros, la indisciplina de no pocos amenazaban dar al traste con el fruto de tantos desvelos y tantos sacrificios. La situación interior de la Revolución era caótica y Máximo Gómez, hombre enamorado de la más alta disciplina, resigna el mando de las fuerzas de las Villas, en el General Roloff. España veía que, día por día, se eclipsaba su poderío y para poner remedio a la difícil situación, envió a Cuba al General Martínez Campos, investido de los más amplios poderes y reforzado con enorme cantidad de elementos de guerra. El Gobierno de la República sintió que el final se acercaba, e impotente para detener la marcha de la insubordinación y del descrédito, envió a Máximo Gómez a Oriente para conservar, por lo menos, a esta provincia como último reducto de la gloriosa contienda.

No es este el lugar más a propósito para desentrañar los hechos que ocurrieron en los últimos años de

la Guerra Grande... Corramos el velo de un olvido misericordioso sobre hechos y hombres que cayeron de un alto pedestal de honradez y de gloria en la sima de pequeñeces y miserias indignas de quienes ofrendan a la Patria cuanto tienen. Martínez Campos triunfó... El gesto glorioso nacido en la mañana del 10 de Octubre, desaparecía entre sombras, honores y... dinero!

No todos, sin embargo, se entregaron. Entre muchos que salieron del territorio cubano, con la frente alta ceñida por el laurel de la victoria, iba Máximo Gómez. Salió de Cuba con el alma destrozada por el pesar del inútil sacrificio; con la amargura de haberse entregado, en cuerpo y alma, a un pueblo que no respondió, todo él, a la grandeza del esfuerzo. Pero salió, templado su carácter para la nueva jornada, porque si para algunos el Zanjón fué sepultura, para otros fué surco de nueva simiente.

No fueron para Máximo Gómez, los años que duró la tregua del Zanjón, años de pasiva espera. Tampoco fueron, de descanso harto bien merecido para el alma y para el cuerpo. A los sinsabores de un emigrado, rodeado de familia, en extrañas tierras y carente de recursos con que librarse su subsistencia y la de los suyos, había que añadir el dolor de las heridas que en su alma producían la ingratitud de algunos que le achacaban el fracaso de la Revolución por no haber detenido los males que la defección y las traiciones causaron en las filas cubanas. Por otra parte y como él mismo dice: haber consumido el caudal de su juventud y sus fuerzas, sin capital, y con un porvenir oscuro e incierto, le proporcionaba un estado de ánimo en que si el Dolor y el Pesar le estrechaban en terrible asedio, la confianza y seguridad en la bondad de sus hechos, la sinceridad de su vida le hacían concebir una hermosa esperanza. La fama de sus hazañas había traspasado los límites del teatro de sus grandezas, y en nombre del Presidente de Honduras le fué ofrecido un alto puesto militar en el Ejército de aquella nación hermana.

La notable mejoría que experimentó en su situación económica, influyó grandemente en su ánimo y el contacto que sostuvo con varios patriotas desterrados, como él, no dejó que se apagara en su corazón el amor por la causa cubana, a la que había jurado entregarse totalmente. Para los hombres del temple de Máximo Gómez y los Maceo, la paz del Zanjón no tenía valor alguno y, se conspiró en el extranjero con nuevos bríos y nuevos entusiasmos. Sin la estrecha unión y compenetración de Máximo Gómez y Antonio Maceo, no hubiera sido posible vencer las pequeñeces que surgieron en el campo conspirador; y la grandeza moral de ambos Jefes, era la garantía única de que, en no lejano tiempo, Cuba sería, de nuevo, teatro de sus potentes hazañas.

En efecto, en 1895 el Partido Revolucionario Cubano por el Verbo único de José Martí, había decidido la Revolución definitiva, la que terminaría de una vez para siempre, con la esclavitud de Cuba y las afrentas de su pueblo.

El grito lanzado en Yara y que por espacio de 10 años había resonado constantemente en el cielo cubano, fué recogido y celosamente guardado, en las cavernas de nuestras montañas y en el silencio de nuestros bosques, para ser, de nuevo, lanzado al mundo como un reto supremo de un pueblo que quería ser libre. La Isla toda ardía en el más ferviente entusiasmo y, dispuesto todo, sale Máximo Gómez de

la tierra en que vió la luz para llevar, otra vez, en la diestra vigorosa e invencible la antorcha de la Libertad a sus hermanos de Cuba.

Olvidando aquella alma nacida para lo grande las miserias, los sinsabores, las falsías y las traiciones, pisa nuevamente el suelo de Cuba, y al jurarle entregarle todo cuanto de él se requiriera, en un gesto de inefable belleza, sella su juramento besando la tierra que, al fin, habría de ser libre y que, celosa guardaría como la más preciada reliquia los despojos del que, en vida, todo le entregó. El 11 de Abril de 1895 desembarcaron Máximo Gómez y Martí, llevando en sus almas la Victoria. Martí, alma de la Revolución, Gómez, genio guerrero y Maceo, titán irreducible, forman el Estado Mayor del Ideal que, pronto, se tornaría realidad.

Apenas internados Gómez y Martí en los campos cubanos, sufre el Generalísimo el primer dolor de la jornada. Concedor de las grandes responsabilidades que le incumbían, se opuso siempre a que Martí tomara parte en los combates. No fué oído y en Dos Ríos cayó de cara al sol, el que con la luz de su palabra y el fuego de su alma enamorada había trazado el camino de la Libertad al pueblo cubano. No fué posible a Máximo Gómez evitar esta desgracia y el pesar tendió el primer velo de tristeza en su alma generosa y grande.

Decir Máximo Gómez, era decir actividad, atrevimiento, audacia, valor y triunfo y estas cualidades, se comunicaban a cuantos a él se acercaban. Concedor del ascendiente que tenía entre los Jefes cubanos, no perdió tiempo el Generalísimo y, como en la Guerra Grande, apenas pisó el suelo de Cuba concibió la idea de invadir, arrollando al enemigo, el territorio de la Isla. Camagüey, el Camagüey de Ignacio Agramonte—no quería guerra!... Bastó la presencia de este hombre privilegiado para hacer renacer con bríos inconcebibles la fe en los destinos de la Revolución. Las acciones de EL MULATO y SAN JERONIMO aseguraron el éxito moral en el territorio Camagüeyano y animado con la victoria, pasa la Trocha sin disparar un tiro, para preparar en las Villas la alfombra luminosa que debía pisar la Columna Invasora, que al mando del Lugar Teniente General, el inmenso Maceo, debía partir del lugar de la Protesta de Baraguá, para llevar en el filo de los machetes invencibles, de Oriente hasta Occidente, no ya el grito de la Rebelión, sino el clarín de la victoria. El 29 de Noviembre, se reunieron en San Juan las tropas invasoras y las que, en realidad, habían sido su vanguardia. Unidos en la acción los que siempre lo estuvieron por el Ideal y el Deseo marcharon a Occidente, combatiendo en todos los lugares, y a todas horas. Iguará, Manacal, el Quiro, Sigüanea, fueron las escaramuzas de una de las más formidables batallas libradas por las fuerzas libertadoras cuya victoria sirvió para abrir las puertas triunfales de la fama al Generalísimo, y la de los corazones a nuestros hermanos de Occidente. MAL TIEMPO consagra la fama de nuestro estratega y da a la Revolución un contingente de energías mayor que el copioso botín de guerra tomado por nuestros soldados.

Una vez más queda demostrada la elevación y temple de alma que adornaron a Gómez y a Maceo, la unidad y pureza de sentimientos de ambos caudillos que fueron, ellos solos, la mitad del éxito de la guerra del 95. Vencida y humillada la gloria de Mar-

tínez Campos, retrocede Máximo Gómez para distraer al enemigo y facilitar así a su Lugarteniente la conquista de Occidente.

Después de pelear en la Colmena, el Desquite y Antilla, sucede la acción de COLISEO, que sin ser una verdadera victoria para las armas cubanas, fué un desastre verdadero para los enemigos que desmoralizados y exhaustos no pudieron contener el entusiasmo y arrojo de los libertadores que libraron, con gran ventaja para nuestras armas, las acciones de La Entrada, El Socorro, Calimete, Central María, Melena del Sur y Guara, influyendo estos éxitos tan notables en el ánimo de los cubanos, que los que hasta entonces habían permanecido dedicados a las faenas del campo, se unían a nuestro Ejército formando una terrible avalancha que caía sobre los campos y el enemigo, sembrando por doquier el espanto y la derrota. De tanta gloria fué pródigo el año 95 para las armas cubanas, que a los finales de él tocaban los mambises a las puertas de la Habana con el pomo de sus machetes invictos.

Después de una serie de avances y retrocesos, necesarios para proporcionar descanso a las tropas, curar los heridos y despistar al enemigo, conferencian nuevamente el Generalísimo y el Titán en Hoyo Colorado, de donde se lanza Maceo hacia Pinar del Río en loca cabalgata anotando para las armas cubanas las victorias de Las Taironas, Paso Real, Candelaria, Río Hondo, San Cristóbal y Labón. El sueño del Generalísimo estaba realizado. La bandera de Cuba, de victoria en victoria, se había paseado triunfante desde Oriente hasta Occidente y los cubanos habían demostrado, hasta la evidencia, que estaban dispuestos a sucumbir en la demanda con tal de dar Libertad a su tierra. Para facilitar la labor de Maceo y evitar que sobre él cayera el grueso del enemigo que operaba en Occidente, sostuvo Máximo Gómez una serie de movimientos en todas direcciones que lograron enloquecer a los Jefes españoles, atónitos ante tan sutil estrategia, tanta resistencia física, tanta energía y tanta suerte! Y era natural esta admiración de parte del enemigo. En un territorio materialmente sembrado de bayonetas, con pueblos fortificados, con soldados aguerridos y bien parqueados; en un término de 40 días, Máximo Gómez lo recorre en paseo triunfal desde Ceiba de Agua, hasta Morality.

El objeto de estos movimientos estaba logrado. El Ejército Español, a pesar de la pericia de sus Jefes, del valor de sus soldados y de la abundancia de municiones de que podía disponer, era impotente para detener el avance de la guerra que, ya, amenazaba a la misma Capital. Los Jefes Cubanos no cesaban en sus correrías. Era menester para vencer, más que derrotar al enemigo, cansarlo y desmoralizarlo. Conseguido esto, el Generalísimo y su Lugarteniente se unen para conferenciar en San Severino y bajo el pabellón glorioso que pasearon, ambos, invictos por las tierras de Cuba, juran terminar la contienda con gloria para sus nombres.

Mientras Maceo parte hacia Occidente para escribir las páginas brillantes de las acciones Cayajabos, el Rubí, Cacarajícara, Bacunagua, Ceja del Negro y muchas más; Máximo Gómez se dirige al Sur de Matanzas para penetrar, después de prodigiosas y audaces evoluciones, en las Villas, recorriendo el territorio en poco más de dos meses. A fines de Mayo, cruza la Trocha para entrar después de sostener el fuego de Saratoga, en la Provincia de Oriente, a

primeros de Julio, donde encuentran al General Calixto García, quien le da la triste nueva de la caída de José Maceo en la Loma del Gato. Los que dudan aún de la grandeza de alma de Máximo Gómez, deben leer la sentidísima carta que escribió a la viuda de Maceo en esta ocasión. Y no es posible pensar que un hombre del carácter y actividades del Generalísimo tuviese tiempo para escribir frases huecas y altisonantes, perdiendo un tiempo que no dedicaba al descanso, por ser poco, para él, todo sacrificio en aras de la Libertad.

Realizada la misión que lo llevara a Oriente, bien repuesto de hombres y petrechos, vuelve sobre sus pasos para inyectar nuevas energías a las tropas que realizaban la Invasión.

Con tal fin ataca a Cascorro y prepara el ataque a Guáimaro, corriéndose con sus fuerzas hasta cerca de Puerto Príncipe para evitar que el enemigo pudiera ser auxiliado por tropas de esta guarnición.

Cuando se disponía a marchar sobre Occidente con grandes fuerzas de caballería y un magnífico convoy, la casualidad puso en sus manos un periódico para enterarle de que, en las sombras de un encuentro anodino y estéril habían caído en Punta Brava, Antonio Maceo, su hermano de ideales, y Panchito, el hijo predilecto. El dolor pudo más que el valor; y las lágrimas corrieron abundantes por las curtidas mejillas del padre y del amigo. Sin embargo, no teniendo ya al hombre que era su confianza, echó sobre sus cansados hombros el peso de su elevado cargo y pasa de nuevo la Trocha, cerca de Morón, acampando en Santa Teresa desde donde dirige una Orden General al Ejército de Cuba, comunicándole la muerte de Maceo, con estas palabras que son el mejor panegírico del estupendo mulato y el mejor retrato del carácter magnánimo y generoso del Dominicano ilustre: "La Patria llora la pérdida de uno de sus más esforzados defensores; Cuba al más glorioso de sus hijos, y el Ejército al Primero de sus Generales". Estas pocas palabras, en boca del Generalísimo, tienen toda la grandeza de un Poema.

El año 97 fué parco en acciones de guerra. "La Reforma" lo vió, la mayor parte de este tiempo, sumido en la más honda tristeza, sin que por ello, dejara de actuar dirigiendo las operaciones, en su carácter de Generalísimo, que ostentó siempre con indiscutida capacidad.

Allí supo la gloriosa nueva. Los Estados Unidos habían declarado la guerra a España... La gloria de la nación conquistadora se había eclipsado, definitivamente, en las aguas de Santiago de Cuba.

Poco tiempo después entraba Máximo Gómez en la Habana al frente de su glorioso Ejército, después de catorce años de una lucha incesante y desigual.

Esta es, a grandes rasgos, la historia militar de Máximo Gómez, Generalísimo de las tropas del Ejército Libertador Cubano, historia que es necesario conocer para poder estudiar y comprender la personalidad de uno de los más grandes caudillos de la Independencia Americana. De su claro talento en las cosas de la guerra nos hablan elocuentemente sus hazañas y las de sus colaboradores, especialmente Antonio Maceo. De sus virtudes cívicas es testimonio una serie de hechos que no pueden pasar desapercibidos a los que se interesen por la historia nuestra. Máximo Gómez se entrega, por la Libertad, a un

Pueblo que no es el suyo y al cual da, sin cortapisas, todo lo que tiene. A pesar de lo recio de su carácter jamás se le ve crecido de su gloria, ni engraido con los altos puestos que ocupara. Cuantas veces las conveniencias lo sugieren, descendiendo del alto pedestal que él mismo se había labrado para ocupar con desprendimiento poco común en aquellos tiempos, los puestos inferiores que le señalaba el Gobierno de la Revolución. El concepto de la disciplina, base de la grandeza militar tiene, para él, dos aspectos únicos: obedecer las órdenes del Gobierno, sin discutir, aunque vea que el desastre es únicamente, y ser obedecido asumiendo él solo toda la responsabilidad de los eventos.

Valiente sin temeridad, arrojado sin osadía, activo sin precipitación, Máximo Gómez es la figura que encarna la de los grandes Generales suramericanos. De su moral basta decir que nadie hay que pueda disminuir el calificativo que más le agradó en su vida; honrado. Ni sus prestigios, ni sus grandes servicios a Cuba, ni el delirante entusiasmo que por él sentían los libertadores le dieron derecho a ser obstáculo, en la paz, para que los cubanos fuesen los Jefes de Cuba Libre. Su juramento estaba cumplido: entregaré todo hasta conseguir la Libertad. Todo lo entregó, entregando a su hijo Panchito. Pudo ser orgulloso y fué humilde; pudo ser rico y fué pobre. Cuando otros hacían trizas la bandera del Honor, él la retejía constantemente en su alma enamorada de esta tierra. Aquí, donde nació en cien combates victoriosos, quiso morir para ser ejemplo a las generaciones de grandeza y de sacrificio.

Este fué Máximo Gómez.

* *
*

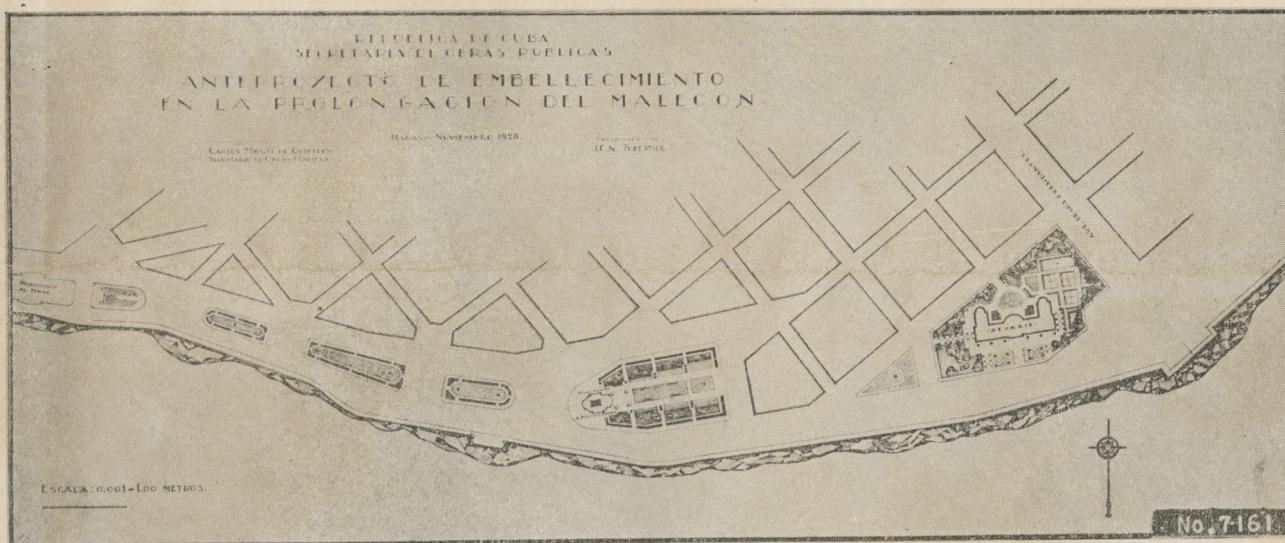
Este fué el hombre a quien el pueblo cubano ha colocado entre sus más grandes y preclaros hijos. Nada importa que el Generalísimo naciera fuera de Cuba para merecer este honor. ¿Acaso todos los que en Cuba han nacido le ofrendaron, como generosamente hiciera él, vida y honor a cambio de su Independencia? ¿Cuántos hay que, a pesar de haber nacido bajo este luminoso cielo, ennegrecieron sus almas y sus nombres con la traición!

¡Mil veces más hermoso para Máximo Gómez, ha de ser el sentimiento de los Cubanos que todos los monumentos que a perpetuar su nombre se eleven. Al fin, los hombres que cumplen su deber, ellos mismos son su monumento!

Sin embargo, no es posible prescindir en la vida de la humanidad de la diversidad que a cada uno de los hombres caracteriza. Y para evitar el que la Historia pierda su carácter de perpetuo testimonio, Cuba ha sentido la necesidad de levantar este monumento que a todos diga de los méritos del genial guerrero, al mismo tiempo que testifique ante todos su perpetuo reconocimiento.

Haciéndose eco del sentimiento del pueblo cubano, el Congreso de la República acordó erigir un monumento a la memoria del Mayor General del Ejército Libertador, Generalísimo de sus fuerzas, Máximo Gómez y Báez. Esta Ley fué sancionada por el entonces Presidente de la República, General Mario G. Menocal, en Mayo de 1916. De acuerdo con uno de los artículos de dicha Ley, se nombró una Comisión integrada por Técnicos y Miembros del Congreso, de la Academia etc., que debían redactar las Bases del Concurso Internacional y escoger, entre los proyectos que se presentasen, el que mejor llenase las Bases propuestas. Entre muchos, tolos ellos de gran valor artístico, fué escogido el presentado por Aldo Gamba, escultor italiano, que mereció el alto honor de ser el intérprete del pueblo de

Cuba en este homenaje al Héroe de Mal Tiempo. Según las Bases el monumento debía ser entregado en Febrero de 1919. Han pasado once años! Y ha sido necesaria toda la tesonera voluntad del Honorable señor Presidente de la República, General Gerardo Machado y Morales, secundado por su activísimo Secretario de Obras Públicas Dr. Carlos Miguel de Céspedes, para que el monumento no quedase relegado al olvido, al que, parecía, lo habían condenado otras Administraciones poco escrupulosas. Muchas han sido las dificultades que ha debido superar el actual Gobierno para que se le entregase el monumento. Al fin, ya lo tenemos entre nosotros y muy pronto se levantará, en su airoso simbolismo, entre la Batería de Santa Clara.



Lugar donde será emplazado el Monumento al Generalísimo Máximo Gómez

El monumento es de extraordinaria belleza y consagra, definitivamente, a su autor como uno de los más grandes artistas contemporáneos. Consta de tres cuerpos, de cuya unidad artística y arquitectónica surge la Idea de la Glorificación del Héroe, después que la Aurora Nacional de la ansiada Libertad lo ha colocado sobre el templo de la gratitud nacional. Las diferentes partes que lo integran están de tal manera entrelazadas que, a primera vista, ya se ve la pujanza de la ejecución, laboriosa y compleja, sin echar de menos la unidad ideológica.

El primer cuerpo lo constituye la BASE, que está formada por una plataforma de mármol y granito y que tiene una superfi-

dos, y una altura de un metro sesenta centímetros. En este primer cuerpo está representada la idea matriz del monumento: el pueblo cubano, hombres, mujeres y niños van presurosos y contentos arrollando en su marcha hacia el Ideal, a los enemigos de la Patria que, saliendo como de un antro, del fondo mismo de la materia, intentan detener a los que, dispuestos a todo sacrificio, van a ofrendar sus vidas y sus bienes. El deseo se impone, y los genios maléficos del egoísmo y de la maldad caen precipitados por la avalancha en el abismo del desprecio, simulado por el agua. Este grupo es el que llama el Autor "La Aurora Nacional".

Sobre la plataforma se levanta el segundo cuerpo que va concretando decisivamente

drangular, y forma un templete constituido por columnas cuadradas, en cuyo recinto quedarán depositadas, como en apropiado mausoleo, las cenizas del Generalísimo, del hombre que todo lo dió a cambio de la Libertad de esta tierra y a cuya causa se entregara en memorable día. Rodean este templete, como defendiendo los sagrados despojos, dos magníficos grupos, que corren a alcanzar la Victoria. Aquí podemos observar, con un realismo estupendo, al pueblo cubano en plena conquista del Ideal; los hombres, llenos de fe y de entusiasmo, cargan sus armas, arrastran la artillería, y las mujeres que ya entregaron sus hijos a la Patria, llevan, ahora, las flores que forman la alfombra de los guerreros hacia la victoria. Esta aparece maravillosa y radiante, al frente, guiando el camino al pueblo cubano.

El tercero y último cuerpo está formado por la estatua ecuestre del Generalísimo en actitud de mando. Los que junto a él, participaron de los azares de la guerra y, dócil a su mando, arrancaron con su sacrificio la palma del triunfo, sentirán estremecer sus ánimos...

La parte posterior del monumento está formada por una serie ordenada de plata-

formas que conducen hasta la estatua de la Patria que guarda, celosa, la memoria de su Libertador.

Entendemos que este monumento será uno de los más apreciados ornamentos de nuestra Capital y, más que eso, será un recuerdo perenne para los cubanos, alentándolos en las luchas inevitables para consolidar la ciudadanía, animándolos en la conquista del supremo ideal de nuestros mártires. Cuba libre, grande en la paz uniendo a todos sus hijos y siendo, para todos, madre cariñosa y fecunda. Felicitémonos, pues, de que nadie pueda echarnos en cara un olvido hacia quien, sin ser cubano, hizo más por Cuba que muchos de sus propios hijos; felicitémonos de tener al frente de este Departamento, el más importante, por el bien que ha hecho al País, de los que integran el Gobierno operoso y fecundo del General Machado, un cubano de las condiciones del doctor Carlos Miguel de Céspedes que sabe cerrar los oídos a las lisonjas y adulaciones, para poder atender mejor a la voz del Deber y cumplir, así, fielmente, los programas del Jefe admirado y del amigo querido.

La Habana, Octubre de 1930.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA